



San Miguel nos enseña

La rectitud del corazón atrae en el alma la luz: “quien obra de acuerdo a la verdad viene a la luz” (Jn3,21). He aquí por qué Dios quiere ser llamado el Dios de nuestro corazón y no de nuestro espíritu. “Dios de mi corazón” (Sal 72,26), como para hacernos entender que, a sus ojos, las más bellas cualidades del espíritu no son nada sin la humildad y docilidad del corazón. ¡Cuántos se extravían porque el Dios de su inteligencia no es el Dios de su corazón! (DS 154)

No existe sino el amor que entra en lo más secreto de nuestros corazones, sólo el amor tiene la llave, sólo el amor modera todos los movimientos... Caminemos por tanto en espíritu de amor. Allí está el manantial de todos los bienes. Con el amor, no hay ni orgullo ni cólera. Todo eso desaparece. (MS 191)



Padre nuestro, San Miguel,

Tú fuiste el retrato viviente del Corazón de Jesús

- en su obediencia filial al Padre
- en su amor liberador para con los hombres.

Padre nuestro, San Miguel, enseña a tus hijos

- a estar *siempre dispuestos*
- a hacer nuestra, la voluntad de Dios
- a actualizar sus designios misericordiosos de liberación mediante el Evangelio
- a convertir nuestro diario vivir, en ofrenda permanente
- a servir a nuestros hermanos *con grandeza de corazón, sin llegar tarde, sin poner condiciones, sin volver atrás, por amor, únicamente por amor.*

¡Adelante, siempre adelante! DRM



“Atraeré
a todos
hacia mí”



Espiritualidad Betharramita

Año XVII 2012 ~ Nº 04

El Corazón de Jesús y el Espíritu Santo



Al Padre, el Corazón de Jesús es deudor de su divinidad; al Espíritu Santo, de su humanidad: “la Virgen que concibió del Espíritu santo”.

Si es verdad que Dios es amor, la fe nos enseña que este amor constituye propiamente la tercera Persona, al punto de llegar a ser su nombre propio. Como el Padre es vida, el Verbo inteligencia, el Espíritu Santo es amor. Es el Dios-Amor, el amor sustancial, el amor en persona. Es el corazón eterno del Padre y del Hijo.

Entre Él y el corazón humanado del Verbo encarnado, hay pues un vínculo vital en virtud del cual todo lo que, en Jesús es gracia, virtud, amor, mérito, santidad tiene relación con el Espíritu Santo. El Corazón de Jesús es la obra del Espíritu Santo. El “Espíritu descenderá sobre Ti y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra” (Lc. 1, 35) Es quien lo ha formado, dispuesto, organizado, penetrado con su unción, investido de su misión. En la sinagoga de Nazaret, Jesús hará solemnemente profesión de su dependencia: “El espíritu del Señor está en mí, porque me ha consagrado; me ha enviado” (Lc. 4, 18)

Este vínculo íntimo en manos del Espíritu Santo, tomaba también a Jesús por el corazón: es allí donde experimentaba perpetuamente el abrazo. También se mostraba, en relación con el Santo Espíritu, de una sensibilidad extrema. También es amplio en su misericordia con los pecadores, condescendiente con todo aquello que se relaciona con su persona, de tal manera se mues-

tra, si me atrevo a decirlo, susceptible de que se toque al Espíritu Santo. “Si alguien dice una palabra contra el Hijo del hombre, le será perdonado. Pero si se habla contra el Espíritu Santo, no le será perdonado en este mundo ni en el otro. (Mt 12,32)

Muy frecuentemente es de la abundancia del corazón que Jesús habla del Paráclito. El pensamiento del Espíritu lo eleva, lo transporta y le inspira expresiones muy penetrantes y muy sabrosas: “Jesús se estremecía de alegría en el Espíritu Santo” nota Lucas (10,21). También, es el agua que brota para la vida eterna; es la mies de almas que maduran para la redención, los manantiales que brotan del seno de los que creen (Jn 7,38-39); el agua del bautismo que hace renacer en el Espíritu (Jn 3,5). Es en fin la gran promesa hecha a los Apóstoles y a los suyos, la promesa del Padre (Hch 1,4), la fuerza que descenderá sobre ellos y los hará capaces del martirio (Hch 1,8), el iluminador que les descubrirá toda la verdad (Jn 16,13) y les inspirará en los momentos difíciles (Lc 12,12).

“Corazón de Jesús, formado por el Espíritu Santo”. Todo este raudal de doctrina y de piedad invade nuestra plegaria en esta segunda invocación de las letanías. Del Corazón de Jesús, formado por el Espíritu Santo, nos remontamos al principio de toda gracia, de toda luz, de toda pureza, de todo amor...

Estamos entonces aquí en lo más puro del espíritu betharramita. No hay casi página alguna en los escritos de San Miguel en que no se trate del Espíritu. En todo momento, evoca “la ley de amor y de caridad que el Espíritu Santo tiene costumbre de grabar en los corazones”; en medio de su arranques literarios, introduce frecuentemente la invocación: “Crea en mí un espíritu puro, mi Dios, renueva y reafirma en lo profundo de mí tu espíritu” Ps 50,12.

Todavía mucho más a menudo, San Miguel recuerda con viva insistencia la oración: “danos a gustar lo que es recto y gozar de las consolaciones del Espíritu”. El *‘recta sapere’*, la justa y sana apreciación de todo según la fe, es para él la base de toda vida espiritual; y la ‘alegría constante y consoladora’ en el Espíritu es el resorte principal e indispensable.

Sacerdotes del Corazón de Jesús, estamos consagrados por vocación al culto del Espíritu Santo. Del mismo modo que el Corazón de Cristo no puede comprenderse fuera de esta acción del Espíritu Santo, que lo modela, lo dirige, lo inunda de su amor, es decir de su persona, así nadie será en verdad religioso del Corazón de Jesús de Betharram sino en la medida en que se sumerja cotidianamente en la misma fuente para purificarse allí y abrevarse. “Quien tenga sed, que venga a mí y beba”

PIERRE DUVIGNAU SCJ



El Corazón del Verbo

“Corazón de Jesús unido sustancialmente al Verbo de Dios”. Esta tercera invocación de las letanías dan un sentido teológico y sabio, porque ella denuncia el insondable misterio de la unión hipostática.

Por estrechos que sean los lazos del Corazón de Jesús con el Padre y el Espíritu, es el Corazón del Hijo, el Corazón del Verbo hecho carne. Estos términos de unión sustancial nos advierten en primer

lugar que es necesario emplear aquí el verbo ‘ser’ y no el verbo ‘tener’. No hay en Jesús dos existencias, una divina y otra humana, nos dicen los teólogos, sino la sola existencia divina vivida en dos naturalezas. Existir, como obrar, se dice primeramente de la persona. El Corazón de Jesús, pues, no es una cosa poseída por el Verbo, porque el que posee tiene un ser aparte del que lo posee; el Corazón de Jesús es asumido en el ser único y en la única personalidad del Verbo de Dios, **el Verbo-de-Dios-se-hizo-hombre**.

¿Cómo no ser tomado por el vértigo frente a tal grandeza? Venimos de sentirlo tan próximo de nosotros, formado de la sangre inmaculada de la Virgen, y bruscamente toma bajo nuestros ojos dimensiones infinitas, llevando de un golpe de águila nuestros espíritus en el Ser mismo de Dios. Por eso nuestra oración continúa: “Corazón de Jesús de majestad infinita”...

Si se ha abajado hasta nuestra nada para unirse a nosotros y salvarnos; si se ha humillado frente al Padre y vuelto obediente hasta la muerte de cruz —aquí está todo el contenido del “Aquí estoy”— vemos que no ha perdido ninguna de sus prerrogativas divinas, de esa infinita majestad que hace temblar a los ángeles, de esa gloria que posee desde el comienzo del mundo (Jn 17,5); conserva un nombre sobre todo nombre, al punto tal que toda rodilla se dobla delante de Él en el cielo y la tierra y los abismos (Fl 2,6-8).

Puesto que se hizo nuestro hermano, gustemos esta fraternidad; pero no perdamos conciencia que es nuestro Dios... La divina amistad que nos ofrece el Corazón de Jesús no se debe separar de un profundo respeto. Y esta majestad infinita que invocamos, nos da la insondable profundidad de su ser divino, de su amor y de sus designios sobre nosotros.

“Si esta profundidad nos humilla, diremos con San Miguel, es también muy consolador para nosotros saber que es una profundidad de riqueza, un tesoro de gracia... No conozco los pensamientos de Dios, pero sé que no pueden ser sino sabios, santos y justos, ventajosos para mí” (E.153).

PIERRE DUVIGNAU SCJ